

IMPORTANTE MANIFESTACION REPUBLICANA

**¡Lerroux!, el caudillo de la República, envuelve en elo-
cuentísimos y profundos pensamientos
el porvenir de la República**

Soluciones a los graves problemas de la Patria

**«El problema económico no es de financieros ni hacendistas, es de políticos que
tengan la confianza del país».**

**Ratifica su programa íntegro, «estoy donde estaba y dentro de la República soy
revolucionario frente a la reacción, pero conservador frente a la anarquía».**

Pocas veces conocimos tan animada la villa madrileña, que en este día en que el ilustre estadista radical va a pronunciar su discurso nacional.

Llegamos a la Plaza de toros Monumental, cuando sus 40.000 entradas pueden darse ya por ocupadas totalmente; sin embargo bien podríamos decir sin temor a exagerar que unas 7.000 almas quedan fuera del gran recinto, ávidos del oír al orador insigne, por lo que se coloca un altavoz en la puerta principal de la plaza para complacer a aquella muchedumbre.

Advirtamos que en todos los casinos de la capital de España se habían instalado altavoces y en un balcón del Centro Radical, que da a la Puerta del Sol, donde se congregaron más de 4.000 oyentes.

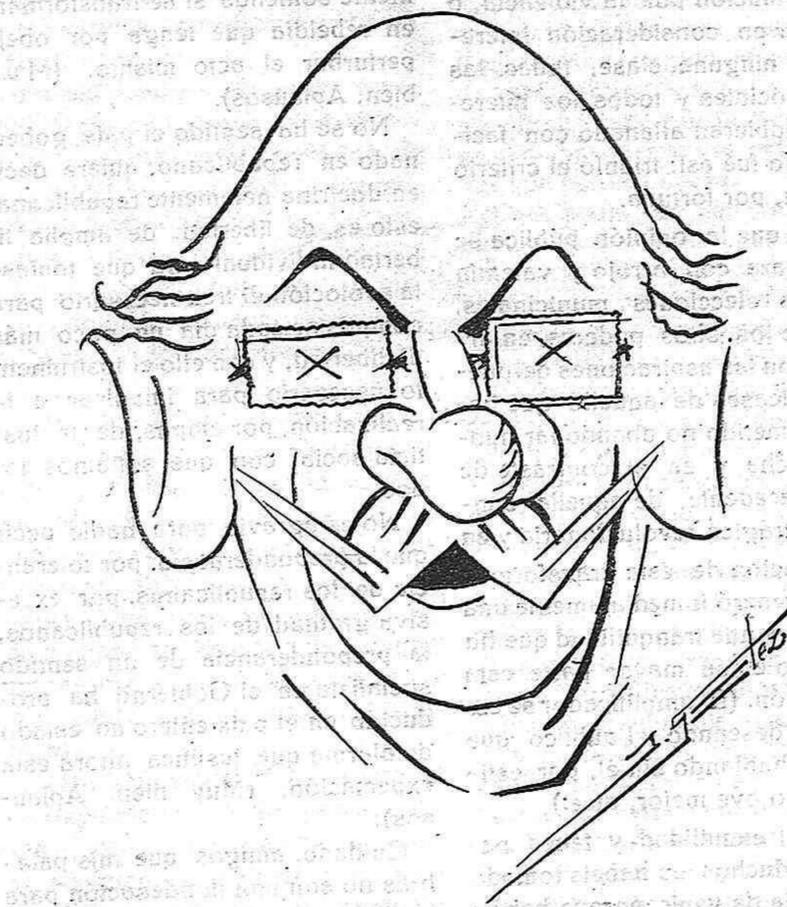
La plaza engalanada con unas doscientas banderas republicanas, aparece cual un recuadro de belleza ideal hecha carne humana, destacándose por unos letreros de adhesión al acto las organizaciones radicales de Valencia, Valladolid, Logroño, Barcelona, Sevilla, Málaga y Santander.

NOTA SIMPÁTICA

Minutos antes de comenzar el discurso un grupo de mujeres recorre el anillo enarbolando la bandera feminista radical, nota simpática que se gana estruendosas ovaciones.

Palabras del ilustre republicano radical señor Martínez Barrios

A manera de prólogo abre al acto el ex ministro de Comunicacio-



*El prestigioso jefe del partido Radical, don Alejandro Lerroux, traza-
do magistralmente por el joven caricaturista y oficial de Correos de
Almería don Juan González Lorente; que desde hoy comienza a cola-
borar con su arte en las páginas de nuestro periódico.*

*Este dibujo es uno de los primeros que nuestro amigo da a la luz pú-
blica, el cual deja entrever a grandes rasgos destellos de consumado
artista de la pluma y que, aunque poco conocido por ahora, nos atre-
vemos a vaticinar que no tardará en alcanzar la popularidad que se
merece, como verdaderamente le deseamos.*

nes, señor Martínez Barrios, quien desenvuelve su saludo lleno de elo- cuencia magistral.

Circunstancias de todos conoci- das obligaron a la Junta Municipal del Partido republicano Radical de Barcelona a suspender el acto or- nizado el 11 de febrero. Desapare- didas aquellas circunstancias, la Junta Nacional del Partido ha señalado para el día de hoy la celebración de

este acto que estamos ya realizan- do.

No se trata ciertamente de un ac- to de Partido. El magnífico expo- nente de la ciudadanía española aquí congregada, prueba que des- bordando la capacidad de un parti- do no es él el que se congrega al- rededor de la ilustre figura de don Alejandro Lerroux, sino toda esa ciudadanía de España, enrolada en

el pensamiento y en la voluntad de que hasta ahora fué jefe ilustre del Partido Radical, el que desde aho- ra puede calificarse con legítimo tí- tulo como caudillo de la ciudadanía española. (Muy bien. Aplausos).

Para el Partido Republicano Ra- dical es este un instante de intensa emoción. Algo se va de nosotros, porque al tomar para sí España en- tera la figura del que durante tantos años fué nuestro jefe parece que a los que le hemos seguido durante el largo peregrinaje de su vida, al- go nos quita, porque no podremos ascender con él al rango ni a la ca- tegoría que el país le concede. Pe- ro aún así estos sacrificios que de antiguo hace el Partido Republica- no Radical a España, nos ratifican an nuestra orientación de siempre, de generosidad y de amor a los al- tos intereses de la República.

España pide hoy una palabra de caridad y de verdad. La va a pronunciar el señor Lerroux y una vez más, cuando la oigais, cuando le escuche el país, sentirá ratificado por la conducta del ilustre caudillo de la República Española los dos grandes principios norma de su vi- da y de todos sus anhelos; la de- fensa de la República y la defensa de España (Muy bien. Grandes aplausos.)

Discurso de don Ale- jandro Lerroux

Palabras de paz para todos los hombres de buena voluntad; de odio o de rencor para nadie. (Muy bien.)

Son sentimientos que estuvieron siempre ausentes de mi corazón; más habían de estarlo en esta hora crítica y suprema en que se necesi- ta asociación de la bondad de to-

dos, para sacar indemne la Patria de sus peligros, sobre el pavés de la República. Palabras de amor para aquellos amigos que abandonando la comodidad de su hogar y el cuidado de sus negocios han atravesado España entera, para venir a escuchar aquí en estos momentos, la mía, que no sé si tendrá la fortuna de acertar a interpretar los sentimientos de todos. Palabras de amistad y de gratitud, que también es amor, para aquellos amigos de Barcelona, que en tantas ocasiones me elevaron a la cumbre de la representación parlamentaria. para que yo pudiera desde la tribuna del Congreso combatir en todo momento por los ideales que al fin han triunfado en la forma, que al fin, plenamente triunfarán en el fondo. (Muy bien).

Las flámulas que les acompañan en el viaje, que ondean aquí al sol y decoran esta plaza, son los estándares con los cuales en tantas ocasiones, las huestes radicales mantuvieron casi solos los ideales republicanos en España y en tantas otras ocasiones sirvieron de sudario a amigos que rindieron la vida por los ideales. Palabras de consideración, de solidaridad, para este admirable pueblo de Madrid, que en las horas más críticas de mi vida ha querido darme la confianza máxima—no pongo en estas palabras vanidad de ninguna especie—entregándome, en una votación sin precedentes también, las máximas responsabilidades al mismo tiempo que la gloria más alta. Y al pueblo español entero y a todas las clases sociales, sin excepción, reunidas y representadas aquí, que han querido venir a escuchar la palabra de un hombre que, curtido por los años, ha adquirido los merecimientos de la experiencia, a todas esas representaciones el homenaje de mi respeto, el homenaje también de mi amistad, porque sin ellos, en la hora presente, como acaban de significaros, yo no estaría armónica ni proporcionalmente a la grandeza del acto, ocupando debidamente este lugar.

Concibo perfectamente, aunque me coaccione de manera extremada, la expectación que ha despertado en toda España el acto que estamos celebrando, pues dejando aparte incidencias que han venido produciéndose (y sobre las cuales el comentario y las interpretaciones no acertó siempre) el estado de alma, de conciencia del pueblo español, no se ha sentido todavía interpretado en ningún momento de que las nuevas instituciones actuaron en la vida pública. (Muy bien. Ovación.)

Vosotros sabéis que durante medio siglo la España protestaria que encontró su expresión más además en la República, ha venido propugnando por el triunfo de su ideal y hallando cerradas todas las puertas de la legalidad para que dentro de la vida normal hubiera sido posible la evolución que por la mayoría del

pueblo español hubiera llevado el ideal al triunfo, acarició la concepción revolucionaria como medio único de conseguirlo. Así se han educado varias generaciones de temperamento meridional, que no sabían concebir tampoco la revolución sino con el acompañamiento del estruendo, del sacrificio propio o ajeno, del ruido del cañón, del olor de la pólvora, de todo ese dramatismo tan propio de nuestro temperamento, y para lo cual nos preparábamos todos los que durante tantos años luchamos en el estadio de la vida pública. Pero es que la revolución estalló más que en España en el mundo con la guerra que pudiéramos llamar universal. La elección de esa guerra hizo que en muchos pueblos, singularmente en el nuestro, lo mismo los altos poderes que las masas democráticas. Llegando el momento de la transformación, preferiese la obra evolutiva a la obra trágica, tradicionalmente revolucionaria.

Si en los primeros momentos, si en el primer mes los hombres que representamos a la República nos hubiéramos arrojado a la obra de transformación por la violencia, o sin tener en consideración intereses de ninguna clase, todas las clases sociales y todos los intereses se hubieran allanado con facilidad. No fué así: triunfó el criterio pacifista, por fortuna.

Bastó que la opinión pública se manifestara con arrojo y valentía en unas elecciones municipales, para que los altos poderes, en armonía con las aspiraciones del pueblo, abdicasen de aquello que habían prometido no abandonar nunca sin lucha y en el contraste de aquel precedente, de aquella concepción trágica revolucionaria y en la realización de esta transformación se generó inmediatamente una ansiedad y una tranquilidad que ha producido en su mayor parte esta expectación. (El amplificador se estropea, y deseando el público que continúe hablando sin él, por estimar que lo oye mejor, dice:)

Tened tranquilidad y tened paciencia. Muchos os habeis tomado la molestia de venir, porque habeis podido hacer ese sacrificio para gozar, no solamente de la voz de los que hablasen, sino del espectáculo mismo, animador y entusiasmador; pero quedan muchos en el resto de España, que, por medio de la radiodifusión, están escuchando también. Haced por vuestros hermanos, por la propaganda... (enorme ovación, que impide oír al orador).

Pasados los primeros momentos que sucedieron a la transformación del régimen, se acometieron trascendentales reformas, que, ya entonces, por no contar con la realidad imperante que volvía a tomar en la vida pública su predominio, anunciándose en forma que alarmaron tantos espíritus y tantos intereses, pudieron parecer precoces; era que la generosidad de los re-

publicanos, dando compensaciones extraordinarias a los que les ayudaron en la obra de la transformación, concedieron a la representación del partido socialista preponderancia que, prevaleciendo con exceso, no diré que inmerecido, sino desproporcionado a la realidad de nuestro país... (Ovación).

No se entiende o se entiende demasiado? (Ovación).

Respetémosnos todos, porque delante de elementos extremistas de la derecha, debemos dar el ejemplo de que vivimos en los ámbitos de la República, discutir serenamente y decirnos cara a cara lo que nos tengamos que decir sin agravarnos, pero sin agraviar a la verdad. (Muy bien. Aplausos). El país no se ha sentido gobernado en republicano. El país hubiera admitido y está deseando... (se reproducen los rumores por defecto de audición y el orador dice:) Sentaos; no temais peligro alguno, que la organización del acto garantiza que donde surja una protesta tendrá respeto si se hace considerablemente, pero será inmediatamente sometida si se transformara en rebeldía que tenga por ojejo perturbar el acto mismo. (Muy bien. Aplausos).

No se ha sentido el país gobernado en republicano, quiere decir en doctrina netamente republicana, esto es, de libertad, de amplia libertad individual para que tomase la evolución el tren necesario para conquistar cada día un poco más de libertad, y con ello el instrumento necesario para impulsar a la realización, por etapas, de la justicia social con que soñamos todos.

No es agravio para nadie decir que la preponderancia, por tolerancia de los republicanos, por excesiva gratitud de los republicanos, la preponderancia de un sentido socialista en el Gobierno ha producido en el país entero un estado de alarma que justifica ahora esta expectación. (Muy bien. Aplausos).

Cuidado, amigos, que mis palabras no son una dondenación para la doctrina ni para las aspiraciones, perfectamente legítimas, ni siquiera para la conducta. Mis palabras son sencillamente un análisis de esta expectación que no está ciertamente justificada por la persona y que es necesario que en la conciencia de todos quede bien explicada.

No; yo sé bien que aspiraciones de justicia social que prevalecen principalmente en el programa del Partido, que son comunes a todos los partidos republicanos, habrá de tener una realidad en su tiempo y oportunidad; pero también sé que la primera condición de la eficacia para las soluciones políticas es que sean oportunas porque si se anticipan o porque no está preparada la economía nacional o porque no está preparada la conciencia pública, que necesita algunos años

de evolución y de enseñanza democrática, se frustran y fracasan, y el enemigo atribuye a falta de virtualidad en los principios lo que se debe exclusivamente a falta de oportunidad en la aplicación. (Muy bien. Aplausos).

Ved, señores, esta expectación, que hasta ahora no tuvo y espero que no tendrá exaltaciones que la saquen fuera de la ley, esta expectación, antes de la pasada, lamentable y vergonzosa dictadura, hubiera tenido inmediatamente una derivación aspirando a una dictadura nueva, y si ahora no ha tenido esa derivación es porque impera la República liberal y democrática, y hay partidos republicanos en el país que en la hora oportuna, cuando respondan a empujes de la opinión, sabrán cumplir con su deber, exigiendo en el Parlamento que termine la época constituyente y comience la de estabilización definitiva de la República con un Gobierno en el que estando representadas todas las tendencias, facilite el camino que ha de llevar a que de nuevo los elementos socialistas, participando o plenamente o por colaboración en el Poder, den el impulso necesario a la evolución realizada para que la justicia social llegue a la posible plenitud.

Y toda esa expectación, como siempre, necesitaba una concreción, y se ha concretado alrededor de un hombre. ¿Es esto justo? No lo es. Todavía más que a los elementos republicanos y democráticos, a los que aún no están con la democracia identificados me dirijo, para decirles que aprendan a no confiar la solución de los problemas a un hombre, que, en definitiva, si tanto poder tuviera sería un dictador, mejor o peor disfrazado, ni en un grupo de hombres, que sería una oligarquía conduciendo a un rebaño; que confíen en sí mismos, que este espectáculo que estamos presenciando y que es algo que también se deriva de esa expectación que analizo, signifique la participación, ya en lo sucesivo ininterrumpida, de todas las clases sociales en la vida pública alrededor de la República, o enfrente de la República, para fiscalizarla, impulsarla o retenerla, pero no ausencia, con la cual la República misma, divorciada del país, vendría también a representar la dictadura de un partido, o la dictadura de una clase social.

Yo no me hice nunca la ilusión, yo no he sentido nunca esas vanidades seniles, de que toda esa expectación alrededor de un hombre significaba en mí cualidades que no tengo, competencias que no he alcanzado, preparación que me falta, poder que no está en mí, porque eso sería obra de milagro, sino en vosotros mismos. Yo no he tenido nunca esa vanidad. ¿Cómo había de tenerla ahora, cuando ya en la cumbre de la edad, viejo, cansado, combatido, difamado, perseguido, gastado por la lucha, no puedo

ofreceros sino una historia, una iniciativa y un ejemplo?

Ciudadanos españoles, que aquí estais presentes, y que fuera de aquí me escuchais: si la obra que hay que realizar se hubiera de realizar exclusivamente por el imperio de una voluntad, y esa fuera la mía y me faltara vuestra asistencia, ¡ah!, yo no podría dar ni siquiera el primer paso. Yo tampoco lo querría dar en esa forma. Yo necesito que en esta hora suprema, si esa expectación deja de serlo, se convierta en confianza, se convierta en solidaridad, porque solamente con la confianza, con la solidaridad del pueblo español, un hombre que represente un partido, un partido que represente un programa y una conducta, podrá creerse legítimamente intérprete de todo el país para conducirle por el ancho camino de la libertad, con ayuda de la República, del Derecho y de la Justicia, a un estado de mayor felicidad que aquel en que se encuentra actualmente. (Aplausos).

Yo he pensado también que esa expectación, lo que podía significar era una interrogación a aquello que se ha dado en llamar «el silencio de Lerroux». ¿Mi silencio! ¿Pero es que yo he callado alguna vez? Alguna vez, cuando la palabra callaba, hablaban los actos, que suelen ser también tan eficaces, y a veces más eficaces que las palabras. Pero desde 1890, en que yo comencé mis campañas en la prensa republicana, yo no he dejado ni un solo día de hablar o en la prensa, o en la tribuna pública, o en la tribuna parlamentaria. Y cuando se restringía la libertad, hablaba por circularés, con mis amigos, o hablaba por manifiestos políticos, que todo el camino de mi vida ha quedado sembrado de una porción de impresos de esta naturaleza, y es muchedumbre la que constituye una correspondencia epistolar en la cual he ido volcando en el alma, en aquella forma en que sale más sinceramente, por la comunicación que se hace en la intimidad, en un alma, entre dos almas que se sienten identificadas. ¿Es eso callar? No; yo he callado cuando el silencio ha significado homenaje debido a la realidad o sacrificio a la causa.

En efecto, lo que puede suceder es que se haya interpretado mal ese silencio, generalizando las ocasiones en que la opinión creyó que debía hablar, y yo creí que debía callar. Porque yo he procurado siempre ir delante o acompañado de la opinión, pero cuando la he creído equivocada, humildemente y modestamente, me he recluso y la he dejado pasar.

Podrá decirse que yo callé en San Sebastián. Yo fui el iniciado, el promotor de aquella reunión; yo ví que en aquella reunión tenían eco injusto los injustos recelos con que, todos los elementos modernos en la República o todos los que a la República se sumaban antes de su triunfo me miraban a mí que, gastado en las luchas, como antes

dije, no siempre he aparecido con la historia que realmente debe acompañarme, sino a través de aquello que hizo contra mí la maledvolencia, la difamación o la calumnia (Muy bien). Yo ví la conjura, yo ví que, por desconfianza, que no me atrevo a anatemanizar, porque acaso era generosa y de buenos propósitos, a mí se me eliminaba del Comité revolucionario. Y yo sonreía, y yo callé; sonrisa y silencio que querían decir: como antaño, contra mí podréis hacer algo; pero sin mí no podréis hacer nada (Muy bien. Ovación.)

Hablé en la reunión de San Sebastián únicamente para procurar calmar el ímpetu ardiente de alguno de los compañeros que, dentro de pretensiones exajeradas o descarnadamente opuestas de los catalanes o catalanistas que a la reunión sintieron sublevarse en su alma el espíritu españolista. Y ante aquel posible rompimiento, yo, que tengo del problema un conocimiento y un estado de conciencia que todos no pueden tener, porque no se les conoce con una o con dos visitas a Cataluña, procuré que la armonía surgiese de allí. Y surgió la armonía y comenzó la obra revolucionaria.

Yo callé cuando el Comité revolucionario, cediendo a requerimientos de quienes podían hacerlos, se constituyó en Gobierno, y, sin reunión previa conmigo y sin consultarme — que porque ya peino canas y sumo muchos años, más que ninguno de mis compañeros, hueiera necesitado esa consoladora muestra de respeto —, sin consultarme se me adjudicaba una cartera, y tenía que suponer mi suspicacia, y si queréis opuso mi malicia, que se me adjudicaba una cartera para la cual yo no tenía preparación alguna; pero además, en la cual yo no podía tomar posiciones para el día de mañana en las que mis amigos representaron el sentido histórico del republicanismo español. (Muy bien).

Pero la posibilidad del triunfo de la República me pedía ese sacrificio, y callé; callé cuando, en la hora suprema, se me dieron como a un teniente, y yo obedecí como un soldado. Callé en los Consejos de ministros, cuando el hablar hubiera podido parecer discrepancia o disidencia que dificultase en aquellas horas primeras, tan graves y tan difíciles, la obra de dirigir un pueblo en el que ardía el temperamento revolucionario, que no había tenido ocasión de satisfacerse trágicamente. Callé cuando ví que en la organización política, regiones enteras, con sus gobernadores civiles, con daño evidente, con perjuicio de la ponderación de fuerzas y de mis amigos en el partido republicano radical. (Muy bien.)

Callé cuando, con posible riesgo de la República, la lealtad del señor Azaña desde el banco azul se creó en el caso de pronunciar un discurso para dar satisfacción a su conciencia, provocando la crisis

se produjo por la dimisión del presidente del Consejo de ministros, porque el hablar en aquél entonces, en que estaba la autoridad y el Gobierno en medio de la calle, hubiera sido tanto como poner en crisis también a la República.

Callé todavía cuando el ministro de la Guerra en horas trágicas se levantaba en el Congreso a decirnos que no teníamos ejército, porque no había fusiles, porque no había municiones, porque no había ametralladoras, porque no había campos de experimentación, al propio tiempo que la plebe, no el pueblo, desmandándose de toda disciplina, invadía las haciendas de los pueblos rurales.

Y poco después la Guardia civil, fuerza de choque de conservación de las instituciones, tenía encuentros trágicos, en los que sucumbían, no en una lucha en el cumplimiento de su deber, sino sacrificadas por el instinto homicida... (Grandes aplausos). Callé, en fin, cuando en la última crisis, ésta se resolvió en modo enteramente contrario a lo que en la reunión del Consejo Nacional de Alianza republicana, con asistencia de cuatro ministros, se hubo acordado, entre todos por unanimidad y sin una sola discrepancia, acordado esto es, que llegado el momento de la instalación definitiva de las instituciones republicanas, aprobada la Constitución, elegido el presidente de la República, o aquella crisis no significaba nada y no podía producirse, o de producirse era para comenzar una política nueva.

¿Cuál podía ser aquella política nueva? Podía ser, no la de un divorcio, riñendo los cónyuges, y separándose con mutuo aborrecimiento, sino la de una separación amistosa entre socialistas y republicanos.

Yo había sostenido que era la hora de que, sin las apariencias ni las realidades de un divorcio, los unos volverían a sus cuarteles, los otros, que representaban, en toda la variedad de matices, dentro del Gobierno y dentro de la Cámara, toda la democracia republicana española, tomaran la responsabilidad de comenzar una política francamente, netamente republicana (Muy bien).

Esos han sido mis silencios; han sido, como dije al principio, homenaje y consideración a la unidad de las fuerzas parlamentarias y sacrificio hecho en holocausto de la República. Porque, ¡amigos míos!, por la República, por la continuación de la República, yo estoy dispuesto a todo. El máximo sacrificio que se me pida, el definitivo silencio, la retirada a mi hogar (Voces: No, no. Grandes aplausos). Cuando no se puede hacer otra cosa que lo que significa en sentido negativo el retraerse, si es sacrificarse y eso contribuye a la estabilización de la República, yo me sacrificaría. Yo no me he negado más que a un sacrificio. Cuando hubo un momento de posibilidad de que la ilustre persona que está hoy en la cumbre del Estado no quisiera mantener su candidatura para presidente de la República, hubo de ofrecérseme a mí, y para que no quede atrás el argumento diré que el primero que me la ofreció fue una ilustre representación del partido socialista. Y yo he de decir que no tenía derecho a ese sacrificio, porque no solamente me sacrificaba yo, sino que sacrificaba a toda esa legión

de republicanos históricos que durante veinticinco años mantuvieron conmigo el espíritu de la democracia republicana (Grandes aplausos) y convirtieron en todo momento y en todo instante a la Monarquía e hicieron posible, llegada la hora suprema, que en torno suyo y con su asistencia, una y otra vez, hasta que se llegó al triunfo se hicieran los intentos revolucionarios que, por fin, lo culminaron. (Grandes aplausos).

Pero el silencio ya ha terminado. Ha terminado en la calle y va a terminar en el Parlamento. (Muy bien. Prolongados aplausos).

¿Pero es que alguien lo interpreta como una amenaza? ¿Pero es que esto significa que vamos a entrar en lucha de partidos y vamos a perturbar la vida de la República (Voces: No, no) vamos a discutir con apasionamiento la obra del Gobierno? Si eso pensáis abandonadme, porque yo no estoy resuelto a semejante cosa. Mientras se discutieron ideas o se plantearon problemas en la discusión de la Constitución que pudieran poner en pugna unos con otros a los representantes de las distintas fracciones republicanas y que mi intervención en los debates hubiera podido poner en aquellos que, porque no me conocen suficientemente, ni me consideran ni me estiman y hubieran podido ultrajar un valor que yo tengo que conservar en reserva para días más difíciles que acaso pueden llegar en la República, yo no intervine por respeto a esa juventud ardiente, apasionada, poco adoctrinada, recién llegada en su mayoría a las filas republicanas y que venía con todos los deseos propios de los neófitos de ganar rápidamente los méritos de la veteranía, yo no intervine porque quise que fueran ellos, que fuera la juventud, que fuera la inexperiencia la que hablase, para que otros hombres que representan la sabiduría y la experiencia, pero que no representan a los que hemos militado de antiguo en los partidos republicanos, los que a su vez se levantasen con una autoridad virgen que en ellos es discutida, a poner freno en lo que fuese menester. Pero ahora ya no se trata de aquellos ideales, ahora se trata también de intereses, ahora se trata de presupuestos, ahora se trata de leyes tributarias, ahora se trata de reforma agraria, ahora se trata del Estatuto de Cataluña; ahora se trata de otros Estatutos, y delante de eso los intereses legítimos, sintiéndose amenazados por una intervención excesiva de un sentido social que será justicia mañana, pero que en la oportunidad no lo es, necesitan una voz, necesitan una interpretación, necesitan estar representados en el Parlamento, necesitan que esta minoría radical se levante a propugnar por la justicia en todos sus aspectos y no es justicia solamente aquella que ponga una dictadura en manos de un ministro de Hacienda para hacer tabla rasa (con el propósito de en veinticuatro horas, en veinticuatro días o en veinticuatro semanas, llegar a una nivelación por medios exclusivamente impuestos a las clases productoras de todo linaje. (Gran ovación). Desde el obrero que transforma el trabajo en riqueza hasta el industrial y el comerciante y las empresas que difunden la riqueza en el trasiego internacional por todo el

mundo, para que se traduzca en beneficio de la patria aquello a que tiene derecho. (Muy bien. Aplausos). Tampoco es cierto que yo haya interrumpido mi silencio para entablar competencia de doctrinas. El partido radical no necesita de esas competencias y nadie trata de arrancarle el penacho con que su ardimiento le hace andar por medio del sentido común de la realidad y de la prudencia, calbagando en su fantasía, a nadie trata de disputarle un puesto a la izquierda ni, mucho menos, a la derecha. El partido republicano radical, con su ideario de siempre, está donde estaba, no rectifica ninguna de sus convicciones. Oiganoslo bien todos aquellos elementos que por una curiosidad, por expectación, por simpatía, por angustia, por inquietud, hayan venido aquí o estén escuchandome, imaginando que yo vengo a hacer retractaciones que no están en mi conciencia y que no las exige la realidad... (Muy bien. Atronadores aplausos). Pero ¿es acaso que radicalismo quiere decir turbulencia y atropello? ¿Es acaso que radicalismo quiere decir guerra social, guerra a los ricos, guerra a las iglesias, guerra a todos los intereses tradicionales e históricos? ¿Es acaso que radicalismo significa que nosotros, sin tener en consideración la realidad, la economía nacional, los intereses legítimos, la necesidad de evolución preparatoria, vayamos desde el primer instante a desenvolver los postulados de la Constitución en términos que produzcan en nuestro país una perturbación que, lejos de hacer a todos medianamente conformes con su estado social, les haga a todos sumidos en la miseria moral y en la miseria material por la anarquía.

Aquellos que se hallan colocados por el epígrafe o por el programa más a la izquierda que nosotros, les deseo, como el colmo de la fortuna, que vean, aún siendo jóvenes, realizado, no el máximo—¡ilusos!—sino el programa mínimo, los ideales del partido republicano radical.

Yo ya se que una revolución material reuniendo en unos cuantos hombres preparados todos los poderes, hubiera podido imponer reformas radicales que hubieran revolucionado la economía nacional, que durante algún tiempo se hubiera puesto a nuestro país en un caos que se hubiera arreglado difícilmente; ya sé que así hubiéramos escrito sobre el cartapacio de nuestras leyes el epígrafe de «ultrarradicales», pero ya se que con esas leyes bajo el brazo hubieran caminado en las sombras de la tristeza y hacia el sepulcro, no solamente la ciudadanía sino la República también. Y no es eso, no es eso lo que desea y a lo que aspira el Partido Republicano Radical. No nos cuidamos de los adjetivos, nos importan los sustantivos, y además os hemos de decir que no hay ningún partido—y no hay si no ver la composición en la Cámara—que pueda tener la pretensión, por sí solo, de gobernar el país; que no hay ni un solo partido que pueda tener la pretensión con su personal (del que padecemos intensa penuria) de organizar el Estado en todas sus actividades que, además, siendo como somos los militantes, los activos, los dirigentes, una minoría en el país, necesitamos educar, instruir, adies-

Muebles MAICAS

Ultimas novedades en artículos para regalos

Ramón y Cajal, 41 al 45 (antes San Juan). Teruel

trar políticamente a todas aquellas muchedumbres que nos han dado el triunfo de la República. Porque, ya es hora de decirlo. Despojémonos un poco de la vanidad que nos atribuyó a los republicanos o históricos o modernos, exclusivamente, el triunfo del régimen en nuestro país. No. El triunfo es de aquellas masas que acudieron a las urnas el día 12 de abril, el triunfo es de aquellos que después de haber ido con sus papeletas, ahora solicitan su receso a los partidos republicanos organizados, y hay una muchedumbre de gente también, dentro de esos partidos que los recibe en veinte años, exigiéndoles limpieza de sangre, de historia y de tradición, como si no fuera suficiente mérito para abrirles los brazos fraternalmente, el hecho de que cuando éramos nosotros insuficientes para el triunfo, viniera esa legión a sumarse a nuestras fuerzas históricas para darnoslo hecho con la facilidad, con la tranquilidad y con el orden que se verificó el día 14 de abril.

De modo que yo no he venido aquí a definirme ni a desfilio al Partido Radical; yo no he venido a diferenciarme, a diferenciar. De mis palabras, mejor ó peor hilvanadas, la diferenciación resulta hecha. Nosotros somos el Partido republicano Radical, con su ideario de siempre; pero nosotros somos un Partido que abre sus brazos a todos los que quieren ingresar en él y obedecer su disciplina, porque tenemos la seguridad de que el ambiente de sus organismos será freno bastante para que los que han rectificado y están arrepentidos, no hagan de su arrepentimiento ni de su rectificación, un padrón de cinismo y se pongan en primera fila solicitando representaciones a que no tienen derecho, pero de las cuales no estarán ausentes eternamente. Y no solamente eso, nosotros declaramos que queremos vivir en paz con todas las fracciones republicanas; afirmamos que no gobernaremos nunca, aunque se nos diese el Poder, en muchos años, si no nos encontramos asistidos con la colaboración, con la solidaridad de las demás fracciones republicanas, porque no hay ninguna de ellas con la cual no nos sintamos, desde ahora y para siempre, solidarios. Y no hay que decir que aquellas que, en primer término, en la tribuna pública—como mi ilustre amigo don Melquiades Alvarez, en representación de los suyos, con su historia, con su significación y su programa—nos ha ofrecido su colaboración tienen entre nosotros el puesto de privilegio que merecen todas las nobles generosidades, todos los nobles ofrecimientos que, cualquiera que fuese la proporción con que pudieran colaborar a esta obra, bastaría la voluntad para que se determinase en ciertos sectores de la vida social

un movimiento de simpatía y de aproximación hacia nosotros. (Ovación). Procuraremos que nuestra conducta responda en todos los momentos a estos principios a que acabo de referirme. Nosotros somos un partido liberal democrático y republicano, que no es incompatible con ninguna creencia religiosa, que no es incompatible con ninguna clase social, que quiere representar a todos los que quieran colaborar en una obra de pacificación espiritual, en una obra de progreso, en una obra que conduzca, por etapas, a la realización de mayor cantidad posible de justicia social.

Y estas manifestaciones que yo hago en nombre del partido radical republicano, tienen la autoridad de su historia, porque el partido republicano radical no nació de ninguna disidencia. A la disolución de la antigua Unión republicana, precipitada por la Solidaridad catalana, surgió el espíritu radical de izquierdas en una muchedumbre de amigos que, tomándome como portavoz me pidieron que alzase la bandera y me trazase el programa. Y en Santander, el día 8, quedó la obra realizada. No es, por consiguiente, un partido que no tenga nacimiento legítimo, ni es tampoco un partido que ha nacido en presencia de posibilidades de un triunfo, sino que nació para la lucha y luchando ha adquirido las condiciones necesarias para gobernar y para dirigir nuestro país. Sin el partido republicano radical, cuando en el año 1905 se inició la Alianza republicana, ésta no hubiera sido posible, y lo fué por aquél Manifiesto que todos conocéis. No mucho después dió sus primeros frutos esa Alianza y la que se conoce con el sobrenombre de «sanjuanada» fué explosión de una aspiración latente en el fondo de la conciencia nacional hacia una revolución que transforme las instituciones. Digan cuantos en aquel intento intervinieron si no fueron las organizaciones del partido Republicano Radical las que se pusieron incondicionalmente al servicio de los que llevaron la iniciativa, sin recabar, no digo la gloria, sino la participación mínima en el poder que de aquello pudiera derivarse; pero aceptaron todas las responsabilidades y algunas se purgaron en la cárcel.

Se realizó después el intento que tuvo su primer cañonazo en Ciudad Real y que culminó, a poco, en Valencia. Digan cuantos en aquella obra participaron la que correoponde al partido radical, que en todo momento, por sus organismos, por sus modestos medios económicos, por sus hombres representativos, acudió a la labor, siendo los primeros en el sacrificio. Y en la proclamación misma de la República pusimos todo cuanto de nosotros se nos pidió. Y no hay nadie, ni hom-

bres, ni partidos, que, igualándonos en la noble emulación por el sacrificio, puede decir que consiguió superarnos en ningún aspecto.

En la obra del Gobierno, los dos representantes del partido republicano radical, por unos o por otros sacrificios o por la permanente colaboración, no han sido nunca una dificultad ni un obstáculo, sino todo lo contrario, y testigos hay dentro y fuera del Gobierno que podrán ratificarme o desmentirme. Finalmente, cuando llegaron las elecciones, el partido republicano radical, que no tenía en el Gobierno ni en la organización política gubernativa del país aquellas posiciones con que otros pudieran recrearse y licitamente ejercer la influencia que de ella se deriva, para aumentar el número de sus elegidos, el partido radical, por sus propias fuerzas, en muchos sitios perseguidos, sin que pueda atribuírsele la influencia de gobernadores, de los que no tuvimos sino ocho, durante las elecciones, sino a sus prestigios, a su tradición, a su influencia, a su organización, el partido radical tuvo la mayor de las minorías republicanas en el Parlamento.

Y surgió la primera crisis. El partido radical, dando de nuevo una prueba de su alto sentido, de sus virtudes, de su amor objetivo a la República, el partido radical renunció a satisfacer lo que hubiera sido más que una vanidad, asumiendo en aquellas circunstancias el poder, y no fué su representante más caracterizado—el que os dirige la palabra—sino representantes del partido socialista quienes dijeron cuál fué, en aquella ocasión, la conducta de la representación del partido republicano radical. ¿Por incompetencia, por impotencia, por temor a las responsabilidades? ¡No! Porque el partido radical se ha persuadido de que una honda separación que no ha podido todavía atenuar la convivencia parlamentaria con otro partido republicano, hace que aquel más afin con el partido socialista, presente en todo momento, sistemáticamente, la oposición y el veto al partido republicano radical.

En la segunda crisis, el partido republicano radical repitió el ejemplo de abnegación y de sacrificio que dió en la primera. El partido radical no puede gobernar con las Cortes Constituyentes, en una buena parte, mientras no rectifique una actitud injusta para el partido radical, y solamente fundándose en esa actitud injusta, en un momento de arranque de mal humor, pudo hablar un ministro socialista de la guerra civil para oponerse a un Gobierno presidido por Lerroux. (Muy bien. Aplausos). Solamente en un arranque de apasionamiento, también injusto y prontamente rectificado, pudo hablar otro ministro socialista de que ellos opondrían el veto a la solución Lerroux en el caso de una crisis; porque establecida la Constitución no hay nadie que tenga derecho al veto.

Ni el presidente de la República ni ningún partido. La soberanía tiene un órgano, y a este órgano, que es el Parlamento, habrán de subordinarse todos. Y cuando la presidencia de la República, es el ejercicio de sus funciones, fuere el poder a uno de los representantes de las fuerzas parlamentarias, si no fuere

el partido radical, el partido radical no solamente se someterá, no solamente se acatará el acuerdo del poder moderador, sino que también auxiliará a cualquier Gobierno, en todo aquello que no pugne doctrinalmente con sus estados de conciencia.

Pero si fuese él el llamado por la confianza del alto poder del Estado a gobernar, no habrá nadie, ningún poder, ninguna fuerza, ninguna soberanía superior a la soberanía nacional y a la soberanía del jefe del Estado, capaz de impedir que el partido radical gobierne. (Grandes, atronadores aplausos).

Es claro que se ofrece delante de nosotros, ante la posibilidad de una disolución de las Cortes, de una crisis inminente, de un conflicto cualquiera que la produzca, de una o de otra manera, se nos ofrece la perspectiva de una porción de problemas fundamentales. Ya he dicho antes que nosotros queremos mantener con todos los grupos políticos que actúan en la órbita de la República las relaciones más estrechas, más sinceras y más cordiales; y ya he dicho que durante muchos años, mientras la evolución democrática no haya creado una generación de burócratas, una generación de militares, de catedráticos, de maestros, de médicos, de arquitectos republicanos, los Gobiernos que se formen tendrán que ser de concentración republicana, y aún así, apuradamente dispondrán de todos los elementos personales indispensables para cubrir los cuadros de la burocracia que necesita el Estado.

¿Es por esto solamente que yo mantengo la necesidad de que nosotros correligionarios vivan en cordialidad y compenetración con todas las faerzas republicanas? ¡No! Es por amor a la República, es por amor a la Patria, es por amor a la misión que tenemos que cumplir, y todos cuantos no la cumplamos estaremos a merced de cualquier minoría vigorosa de las derechas que quiera, en cualquier momento, con cualquier pretexto, sembrar entre nosotros la cizaña y pone en peligro la vida de las instituciones.

Pero hay un partido que, viviendo en la órbita de la Democracia republicana también pudiera imaginar que esta actitud era una exclusión sistemática; no. Yo quiero decir desde aquí, sostenerlo desde aquí, sin lagoterías, sin adulaciones impropias de mi carácter, que el partido socialista, dividido en cuanto a la conveniencia o no de participar en el Gobierno de la República, debe la República eminentes servicios; que al partido socialista deberá la República en el porvenir haber incrustado en la Constitución principios por los cuales habremos de encaminarnos a la realización de la justicia social, si la ambición, la precocidad, o la dejación de los republicanos consiente que una anticipación sectaria o partidista malogre lo que en sazón ha de dar frutos ópimos para la felicidad del país en su día.

Yo deseo, yo aspiro a que en el porvenir las relaciones entre el partido socialista y los partidos republicanos, formando Gobierno de concentración, sean siempre cordiales, porque una avalancha considerable de masa social que, vencida o convencida, se incorpore a los partidos republicanos, estará constantemente

frenando en la obra progresiva de los Gobiernos republicanos; y necesitamos que la vigilancia, que la inspección, que el estímulo, que la fiscalización de un partido obrero o de un partido que, sin ser obrero, tenga el sentido socialista, venga a darnos al apoyo necesario para no dejarnos vencer en ese indispensable balancín de las realidades de la vida práctica, por el contrapeso de las derechas. (Aplausos).

Y no solamente con esas organizaciones políticas republicanas y socialistas; también con aquellas organizaciones obreras que no se clasifican en ninguna de esas disciplinas, queremos vivir en paz, pero con una condición: que ellas no nos declaren la guerra.

Nosotros hemos visto que durante todo el periodo de la Restauración, esas organizaciones o las masas que en ellas forman, cuando esas organizaciones no existían, estando en el Poder los conservadores, andaban cautamente por la vida pública, tenían mayor respeto a la ley, a veces parecían acobardadas y sumisas. ¿Por qué? Porque atribuían a los principios eficacia reaccionaria y represiva que a veces terminaba en sentencias inapelables e irreparables. En cambio, cuando gobernaban los partidos liberales, aparte de sus propias disidencias e incompatibilidades de orden personal, era que esas masas, desbordadas, incultas, interpretando mal la libertad, creyendo que era la hora de hacer lo que les diera la gana, porque el Gobierno liberal, a su juicio, no podía ser represivo ni reaccionario, o le obligaban a serlo o le obligaban a vivir constantemente a precario, perturbada la vida nacional con motines, con subversiones de todo orden. (Muy bien). Y más adelante, cuando llegó la dictadura, todos, todos hubimos de traernos un poco, pero principalmente esas masas que habían realizado las horribles tragedias de Barcelona y de Cataluña, que tuvieron repercusión en otras partes, ¿qué hicieron en la vida pública? ¡Callaron sumisas, acobardadas o cómplices! (Muy bien).

Pues cuando llegue la hora de que el partido republicano radical gobierne, el partido republicano radical, con todos sus aliados, ha de pedirle, y desde ahora le pide a esas masas, el margen de tiempo necesario, lo indispensable para orientar su política, dejándonos la paz social necesaria, no perturbándonos a cada paso la vida pública, no tratando de que sus aspiraciones se produzcan por medios revolucionarios, porque, si se producen por medios revolucionarios, ¡ah!, en lo que de mí dependa, yo digo, como he dicho antes

de ahora: Frente a la reacción, revolucionario; frente a la anarquía, conservador! Bravo. Muy bien).

Problemas fundamentales que han de preocuparnos y han de trazar pautas y cauces a nuestra conducta, son todos esos que están ahora mismo en vuestra conciencia.

El problema religioso (Expectación). Nosotros hemos contribuido, o con nuestra palabra, o con nuestro voto, o con nuestro asentimiento, a la aprobación de la Constitución, y la Constitución, para nosotros, mientras sea ley tal como está es sagrada. Los que piensen en revisión constitucional, han de acomodarse a los artículos que en la misma Constitución establecen las pautas para conseguirlo. Pero nosotros de eso no hemos de hacer bandera. No nos torba ningún artículo de la Constitución. Nosotros aspiramos a desenvolvernos con un criterio nuestro. Y en la cuestión religiosa, nosotros deseamos que mantenemos la separación de la Iglesia y el Estado (Aprobación). No solamente porque creemos en la necesidad de la supremacía del Poder civil, sino porque creemos en la necesidad de que, libre de esas complicaciones, la Iglesia, depurada, cumpla la misión espiritual que ha tenido en la Historia y que tiene en los pueblos.

Acordó la Constitución la disolución de una de las órdenes religiosas. Ya está disuelta. Inclinémonos respetuosos delante de los hechos consumados. No hablemos de oportunidades. Ya está hecho: acatarlo y cumplirlo. Pero persacución religiosa no; no más. Nosotros, los hombres sinceramente laicos—se lo he dicho a dignidades eclesiásticas de todas clases, se lo he dicho al Nuncio hablando con él, cuando en el ejercicio de mi cargo ministerial tuve el honor de conferenciar en varios casos con el representante de la Iglesia tres cuartos de mi vida personal y de mi hogar, por ventura es absolutamente laica. Pero es que yo creo que los hombres que llegan a desprenderse del prejuicio de la religión o del fanatismo religioso o del sectarismo religioso no pueden a la vez desprenderse de aquella unción que, a las horas de aflicción, a los años les hace levantar los ojos hacia el cielo, a los otros levantar el pensamiento hacia el dios que han definido en el fondo de su alma. (Muy bien). Yo digo que los hombres que hayamos perdido la fe religiosa, no podemos haber perdido la obligación de respetar aquello que en la conciencia de nuestros semejantes tiene un culto, ni podemos tampoco perder respeto que merecen aquellas instituciones que en el pasado contribuyeron a la obra del progreso

espiritual, aunque contemporáneamente, como todas las instituciones humanas, sobre todo en aquellos países, que no han sabido, por el Estado, subordinarlas y someterlas a la ley, se hayan visto comprometidas por corruptelas que en otros países, que en otros Estados, como Suiza, como Alemania, donde se han sacudido esas tutelas, han sabido llegar a estados de pacificación que las hace a la vez que un instrumento de perfección moral, un instrumento de colaboración en la obra de los Gobiernos. (Grandes aplausos).

Se está discutiendo en el seno de la Comisión, y parece haber llegado a ser aprobación del Gobierno, la reforma agraria. (Sensación). No hay, estoy seguro de ello, una sola conciencia individual, que niegue la justicia, la legitimidad, la necesidad y aun la urgencia de una reforma agraria en nuestro país. Estoy seguro de que no hay propietarios, hacendados que merezcan el nombre, que no estén dispuestos a hacer la parte de sacrificio proporcional, necesaria, para que la reforma agraria llegue a vías de ejecución. Pero, señores, es que cuando la reforma agraria se anuncia sin más que el epígrafe, e inmediatamente unos cuantos postulados, es cuando van a ser, o se anunciaban que iban a dar impuestos, los dictados de una ley imperativa, levantaba el clamor de todas las conciencias, como una protesta universal, no hay manera de creer que se puede tener el asentimiento del país para una reforma en esa manera anunciada, sin que se produzca inmediatamente una perturbación económica que pone en peligro los más altos intereses de la patria.

Porque toda esa situación que se ha creado en casi todo el agro español, que se ha manifestado con mayor agudeza en aquellas provincias donde el estado de la propiedad está reclamando más urgentemente la reforma; todo ese estado moral que se ha producido es parte principal para ese decaimiento del valor de la peseta, para ese encarecimiento del precio de la vida, para esa inquietud de los espíritus, para ese desbordamiento de las pasiones de la muchedumbre, que cuando es pueblo, creyendo que hace uso de su derecho, pacíficamente, trata de ponerlo en ejercicio; que cuando es plebe, excitada torpemente por pasiones que con una sencillez arcádica se han extendido por el campo, con la hoz, con el puñal, con la pistola en la mano, tratan de hacer un reparto que, aun realizado, no significa el enriquecimiento de nadie, sino en definitiva, la miseria de todos. (Muy bien. Aplausos).

Afortunadamente, aunque el mal se había producido y no se remediará, sino con mucha lentitud; afortunadamente el Gobierno ha venido rectificando principios de aquella primera ponencia de la reforma agraria y se dice—aunque todavía no las conocemos—, que el proyecto que ha de presentarse a la discusión de las Cortes tiene ya otras posibilidades, que podrán ser, una vez discutido, corregido y enmendado, iniciación de una reforma agraria verdadera. Pero nadie se haga ilusiones. La reforma agraria, que es una cosa que se puede expresar con el corazón alegre, como tantos otros

MERCURIO

TALLER
DE
Reparación

Motores de explosión.—Automóviles

SE GARANTIZAN LAS REPARACIONES

Avenida de la República, 50

Teléfono 1

ostulados de los ideales democráticos y republicanos que nos encaminan hacia la justicia social; pero la reforma agraria es una cosa, en el fondo tan compleja, tan llena de dificultades, que no podrá ser la obra de un Parlamento, ni de tres, ni de una generación, ni de varias, porque lleva aparejada una porción de reformas que afectan a las modalidades de la propiedad misma, porque en nuestro país, por la variedad del agro, de su suelo, de sus condiciones de todas clases, tiene que adaptarse de diferente manera en cada región, porque necesita ir acompañada de un estado de nuestra economía en que desgraciadamente no nos encontramos, porque necesita ir acompañada de un estado de confianza moral que nos consienta levantar un empréstito para acudir a las justas y legítimas indemnizaciones de aquellos terrenos que se expropian, porque necesita la organización del crédito agrícola, porque necesita la organización de la enseñanza agrícola por instituciones fijas y por instituciones ambulantes, porque todo esto implica una obra que ahora si que pudiera llamarse obra de romanos, que no se puede realizar por la ponencia de un Gobierno ni por la ponencia de unas Cortes Constituyentes.

El partido republicano radical, que quiere ver por el primer Gobierno, por el primer Parlamento de la República consagrado el compromiso de realizar la reforma agraria, se ha de interponer entre la ilusión excesiva y la realidad, para que lo que se acuerde, no sea después letra muerta en la «Gaceta» o en el Diario de Sesiones, sino preceptos de posible realización a los cuales se allanen las clases interesadas, porque en él vean reflejada la justicia, y no solamente la justicia, sino una manera de cooperación a la misma como en los contratos de seguro los asegurados pagan una parte de su propiedad para asegurarse contra cualquier siniestro el resto de la misma. (Gran ovación).

Están ya presentados los presupuestos. Y libreme Dios, en materia tan abstrusa, y a la que soy tan ajeno, entrar en hondos análisis, pero ya hice antes una indicación. A mi me parece que se ha tendido excesivamente a procurar, de una manera formularia, rutinaria, la nivelación del presupuesto mediante un aumento ciego y a voleo de los tributos que pesan ya sobre las clases contribuyentes. Hay una indicación. Se excluye del tributo de impuesto por utilidades a las empresas porque ha habido manera oficial y la hay constantemente por la ley de intervenirlas para comprobar que no han tenido utilidades. Pero, ¿quién dice que en los tiempos que vivimos todos los demás contribuyentes por industria y por comercio han realizado esas mismas utilidades? ¿Es que puede así presentarse delante del país una nivelación que no va a ser posible y que, como el propio señor ministro de Hacienda dijo en su elocuentísimo, franco y sincero discurso, puede quedar reducida a una columna de números que no responda a la realidad? ¿Es que podemos admitir como cosa real posible la nivelación del presupuesto, por dos columnas de números, en una de las cuales hay un ex-

LA LABRADORA

¡Ojo! Vendo hermosos plántones de chopos del País y Canadienses a 0'30 en vivero, para partidas franco embalaje y arastre estación.
¡Ojo! Pulpas de remolacha de varias procedencias. Especialidad en semillas forrajeras, hortalizas, flores, etc., etc.
¡Ojo! Espartería, cordelería, cañizos, y objetos para labradores y obras.

Eugenio Muñoz Muñoz

Joaquín Costa, número 36.

ceso respecto a la otra, que representa los gastos, cuando queda la peseta en las condiciones que sabemos y nos consta que, mejores conocedores en el extranjero que nosotros mismos, de la ficción de esa nivelación y de esa supresión del déficit, no ha de mejorar la peseta; cuando sabemos y sabe todo el mundo que la obra de la mejora de la peseta no es obra de financieros ni de hacendistas, sino que es una obra política, porque es una obra de confianza, porque es una obra que necesita la pacificación de los espíritus. (Grandes aplausos).

La garantía de una política concreta, recta y continuada, la seguridad de que no se van a producir perturbaciones en el país, la garantía de que no se van a hacer persuasiones, la confianza, en fin, de que todos los españoles, los unos adheridos por convencimiento, los otros sometidos por sumisión obligada de la ley, van a contribuir, sacando de la tesorería en que han escondido sus medios económicos, o repatriarlos del extranjero, y que vuelva a ponerse en circulación el capital nacional que hoy está retraído, que hoy está restringido. (Grandes aplausos)

No quisiera cansaros (Voces: No, no) y a la vez estoy cansándome yo. Pero permitiréis que dedique algunos momentos a Estatuto de Cataluña. Uno de mis deseos al elegir como tribuna para este acto que estoy realizando en Madrid la de Barcelona, fué hablar frente a frente, no digo contra, sino al lado y en colaboración con aquellos elementos que propugnan por el Estatuto. Yo no traigo la bandera española que con gallardía de juventud ceñía mi frente sobre el sombrero en las horas de lucha apasionada en Barcelona. ¡Ah! Pero yo no he renunciado a todo aquello que significa unidad espiritual superior de mi patria (muy bien aquellos estados de autonomía en que es necesario que vivan aque-

llos pueblos que teniendo por su historia, por su idioma, por su derecho el de que se les considere como una personalidad, no aparte, sino ensemblada en la totalidad de aquellas regiones, de aquellos pueblos que constituyan la patria peninsular.

No se ha de envenenar el problema, alguna vez había que discutirlo, y esa vez creo que ha llegado. Si por un azar cualquiera suspendiesen las Cortes Constituyentes, o se disolviesen sin haber discutido ese problema, tened entendido que las Cortes que les sucedan, tendrán la obligación de ponerle sobre el tapete. Porque esa es una herida abierta en el costado de la Patria española, y lo que hace falta no es envenenarla con odios, con desconocimiento, con animadversiones; lo que hace falta es sondearla, conocerla y curarla. Y se cura con libertad. La libertad no es el separatismo, la libertad no es que se excluya a aquel idioma, sin el cual, dentro de las fronteras, tendrán lo necesario para comer, pero no tendrán lo necesario para ganar lo que comer los catalanes. Cuando en la reunión de San Sebastián llegaron los catalanes con sus pretensiones y su ponencia, allí adquirimos todos, y sentiría no estar de acuerdo con alguno que ofuscado o desmemoriado no lo recordase, el compromiso de facilitar la discusión del Estatuto de Cataluña.

Es cierto que, a su vez, los catalanes, los que tenían allí la representación de esas aspiraciones, adquirieron el compromiso de someterse a lo que las Cortes Constituyentes republicanas en definitiva acordasen. ¿Qué podría suceder? Que en la discusión, el desconocimiento, la pasión, un exceso de patriotismo mal entendido, regatease, castrase alguna de esas aspiraciones. ¡Ah, señores! Vivimos ya dentro de la legalidad, por la cual hemos propugnado tantos años, y en el camino han caído tantos mártires y se han muerto tantas ilusiones; todo en ho-

locausto al triunfo de esa legalidad, y ahora que la tenemos ¿qué pueblos de la patria peninsular, de España, serán osados de levantarse en armas cuando tengan libre el sufragio, los municipios, las provincias, las Mancomunidades, las Cortes, para venir aquí a propugnar a fin de que se completen aquellas aspiraciones que no siendo incompatibles con la unidad espiritual superior de la patria, de España, del Estado español, ningún democrata ni ningún republicano las negará ni las hará obstrucción?

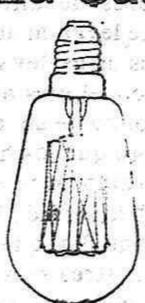
Mi posición es esa. Se adquirió un compromiso en San Sebastián mediante el cual una región puso al servicio del ideal revolucionario republicano su fuerza. Llegamos al triunfo, vamos a medir quien puso más o quien puso menos. Esa es misión de mercader, no de político.

Lo que debemos hacer es cumplir con nuestros compromisos. Venga el Estatuto a las Cortes Constituyentes. Discutámoslo serenamente, desapasionadamente. Demos a Cataluña, como tendremos que dar a guindía a los municipios, toda aquella autonomía que es indispensable para el amplio desenvolvimiento de la libertad individual y de la libertad colectiva, que cuanto más amplia libertad, más seguridad tendremos de esos pueblos en aquella parte de su población que se crea aherrrojada por el régimen actual, por el régimen futuro libre, más contribuirá con su esfuerzo a que España se engrandezca y a que aquella unidad que van realizando todos países federales en el mundo, mediante la unificación del derecho, mediante la penetración de las costumbres, mediante la cooperación de los idiomas más poblados y más extendidos, se verifique también en España, desapareciendo, al fin, un día aquellas diferenciaciones que no son indispensables para la vida local. (Aplausos).

Me importa decir, cuando ya me acerco al término de esta oración, que las Cortes Constituyentes deben merecer el respeto de todos mientras existan. Allí está la soberanía nacional. Si alguna sugerencia hubiera llegado a mi que tuviese por objeto superponer, ni a título de la salud de la patria, seguramente suposición equivocada, la voluntad individual a la voluntad de las Cortes, yo la habría rechazado con toda mi alma; porque yo, que no merezco nada, puedo aspirar a todo. A todo, menos a una cosa: a ser dictador (muy bien). ¿Y sabéis por qué? Porque el dictador yo lo llevo dentro del alma, porque, mi carácter mi tendencia, mi educación, mi temperamento, es de dictador; porque he aprendido que en una Sociedad que todavía no ha llegado a una plenitud de cultura intelectual ni de cultura política, aunque de cultura moral esté tan alta, y de cultura espiritual por encima de todos los pueblos, no puede caminar derechamente sino eso que tanto se anatemia, y que unas veces es un caudillo y otras veces es un dictador.

Y he aprendido que ejerciendo esa dictadura por la benevolencia de mis amigos, he podido mantener en alto, durante tantos años, un banderita y conservar una disciplina que, para ejemplo de todos los partidos políticos, presento yo en el Parlamento español. (Muy bien). Pero

La Casa del Cristal y Loza



Gran surtido para Fondas, Bares y Cafés. Artículos para regalos. Material eléctrico. Las mejores lámparas eléctricas. Consulten precios para cantidades.

José Ortíz Martín

M. Muñoz, 18. - Teruel

¡Atención!

No hay quien compita con la baratura de sus precios en Máquinas de escribir, Aparatos de Radio, Gramófonos y Placas, con

LA MECANOGRÁFICA TUROLENSE

Visite esta Casa y se convencerá.
No lo olvide:

LA MECANOGRÁFICA TUROLENSE

Calle Ramón y Cajal, 26 (frente al Mercantil).—TERUEL

darle a eso transcendencia política y venir a sustituir la soberanía de las Cortes por la voluntad individual, ¡ah! eso nunca. Eso sería hacer traición a la Patria, traición a la República y traición a mi propia conciencia. (Grandes aplausos).

Pero yo os digo que esta rígida disciplina moral, propia de nuestras conciencias, de los que vivimos dentro de ella en nuestros partidos, puede no estar así en la opinión pública, y que la opinión pública comience a pensar que las Cortes Constituyentes si prorrogan indefinidamente su misión, también realizan un secuestro de la soberanía nacional y caen en una dictadura parlamentaria. (Aplausos). Ninguna prisa, ninguna ambición, ninguna limitación. ¡Ah! Pero yo creo que la opinión pública desea saber cual es la misión que tienen que realizar definitivamente estas Cortes Constituyentes; necesita saber cuales son esos programas, esos proyectos de urgencia que se llaman complementarios de la Constitución. Y necesita también que se le diga por qué el país ha enajenado su soberanía, vinculándola a una sola representación, y si son mejores hijos de madre los actuales diputados a Cortes que los que pudieran venir mañana, en unas nuevas elecciones, a representar al país. (Grandes aplausos).

Pues qué? Un periodo como el que estamos viviendo y unas Cortes Constituyentes ¿No son un periodo experimental y no son un adiestramiento de la ciudadanía para que, pasado el momento de los entusiasmos excesivos o de los excesivos recelos en unas nuevas elecciones puedan tener una expresión distinta de aquella con que llevó al Parlamento a sus actuales representantes. Pues qué, unas futuras Cortes no tendrían tanta autoridad, tanta dignidad y tanto derecho como las actuales... (Muy bien) (Una vez más). Más no... para desenvolver todos los principios que se han producido en la Constitución? No, eso no puede sostenerse.

No teamos los militantes del partido radical ningún apresuramiento) ninguna ambición desmedida para gobernar; no. Primero queremos que se pacifiquen un poco los espíritus, que nos levanten el veto los emperadores que acaparan la opinión obrera (Muy bien). Aplausos, que no nos amenacen con un arma de coac-

ción, con huelgas tan graves como la ferroviaria, en una palabra, que se aproveche el tiempo para que impere entre nosotros la fraternidad y la cordialidad, y serenándose los espíritus, se vea que siguiendo la opinión de una gran parte del partido socialista, sus representantes que han realizado una labor de su punto de vista y al servicio de sus ideales meritísima, deben ya recogerse a sus tiendas, para realizar aquella obra de fiscalización y de cooperación a que antes me he referido. Y que debe gobernar en republicano a

opinión republicana, para que sea posible la suma a la República de todos esos elementos que ven como una amenaza cuanto constituye un postulado de inmediata realización en el programa socialista que pretenden llevar a efecto los que lo representan en el Gobierno. (Muy bien).

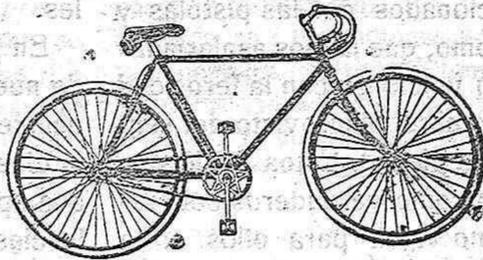
Yo soy incorregible en mi optimismo. Yo tengo el convencimiento de que la República no le amenazan otros peligros que los que se derivan de la falta de comprensión, de senti-

do común, de sentido político, de los propios gobernantes (no me refiero solo a los ministros) de los propios gobernantes republicanos. Yo estoy seguro, y he hecho el ensayo en mi paso por el Ministerio de Estado de que cuando el respeto, la cordialidad, la confianza no puedan conquistar una conciencia o una voluntad por el convencimiento para la República, conquistan una lealtad y una caballerosidad. Yo no puedo creer que todos los que se han ausentado de la actividad del Ejército se hayan convertido en enemigos de la República, más cuando sobre el documento de su retiro se pueda extender, por la malicia, la sospecha de deslealtad, o la sospecha de falta de caballerosidad; yo no puedo creer que ningún ciudadano español de los que no pertenezcan a las derechas contumaces de incompreensión, reaccionarios incompatibles con el progreso, que afortunadamente son muy reducidas, yo no puedo creer que no he de encontrar lealtad y caballerosidad necesarias en todo el mundo cuando no vean en una obra de paz y respeto, de tolerancia, de amor, de pacificación espiritual, de solidaridad republicana, de amor humano, en fin, con el cual podemos identificar a todos los hombres con el régimen republicano, a todos los pueblos con la libertad y con el derecho, porque solamente entonces cuando hayamos conseguido por una conducta como ésta, tener no solamente la asistencia de nuestros correligionarios, sino el respeto y la tolerancia de aquellos que improvisadamente no pueden serlo, podremos decir que hemos convertido a España en el hogar que necesitan todos los españoles. Gobernar para todos, pacificar los espíritus, respetar la conciencia ajena, rectificar los errores...

Conseguir que la raza, el pueblo, la sociedad entera se identifiquen con la República, la conviertan en instrumento de perfección y de riqueza y encuentren en ella hogar, iglesia, taller, tribunal de justicia y libertad. Eso será hacer patria, patrimonio y patriotismo. (Una clamorosa ovación acoge las últimas palabras del orador. Los vitores y las aclamaciones se suceden largo rato).

De nuestro enviado especial señor Vicente

Reparación de autos
motos y bicicletas



Ronda de Víctor Pruneda, 6 **Giordano Perruca**

ALMACEN DE COLONIALES
AL POR MAYOR Y MENOR

CASA ESPECIAL EN
SALAZONES Y EMBUTIDOS

Casimira Bejarano Muñoz

Plaza de Carlos Castel, número 10
TERUEL

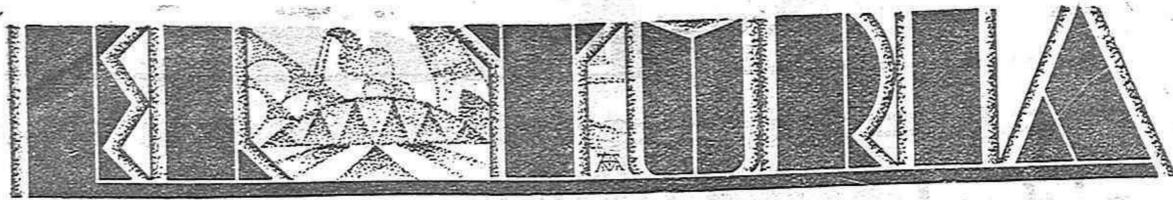
BLASCO HERMANOS

FABRICAS DE TEJA Y LADRILLO
SANTAS JUSTA Y RUFINA Y
MUDEJAR DEL ARRABAL :

Hornos mecánicos. Tejas y Ladrillos huecos y macizos. Especialidad en baldosín y ladrillo prensado.

San Julián, núm. 69 :::: Teléfonos 132 y 63

TERUEL



SE PUBLICA LOS LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

Redacción y Administración: Ronda de Víctor Pruneda, número 20—Teléfono 111

ASOCIACIONES

Nuevamente el campo obrero se ha conmovido con movimientos sediciosos preñados de odio y esas huelgas continuadas, ese constante exigir del obrero al patrono, muchas veces exagerado, un continuo mar de fondo que conmueve los más sólidos capitales, dan lugar a una situación lamentable que es preciso, aún con todo el dolor de corazón que estos casos produce, corregir duramente para evitar futuras y posibles anomalías.

Hay un movimiento oportunista y bastardo que consiste, no en desposeer en absoluto al patrono de sus bienes, sino en mitigar su voluntad de acción hasta tal punto de privarle de privarle de dirigir a su gusto su taller, de escoger sus obreros queriendo imponerle una serie de obligaciones nuevas, de cargas monetarias; se quiere obligarle a aceptar aún contra su voluntad, al obrero impuesto por el Sindicato, no poder despedir al trabajador que no trabaje o lo haga a desgana y compartir con el personal sus ganancias a la vez que admitir un control que dada su naturaleza no les dejaría más que los gastos y sinsabores, y al admitir esa participación no en forma que quizás resultara útil sino con una desproporción tal que produciría infinidad de quiebras, sin contar con que de por sí el salario ya constituye una participación en los beneficios.

En esta forma de actuación viene consiguena lógica consecuencia, los industriales a los cuales solo se dejaría las pérdidas, desfilarán uno tras otro bien cerrando sus fábricas, otros llevando sus capitales al extranjero o cayendo en la ruina y la bancarrota.

Ya ha habido hombres honrados y amantes del proletariado que han intentado la participación del obrero en sus industrias, pero estos con la desilusión pintada en sus rostros y con el dolor en su más íntimo ser, han

tenido que abandonar tan humanitaria empresa por imposible o han fracasado por incompatibles.

Esperaban interesar al obrero con la prosperidad de la fábrica, esperaban hacer entrar en sus cerebros las ideas de cariño y compañerismo hacia el principal por el mismo dinero interesado en el negocio, pero todos esos hombres se han visto lastimosamente sorprendidos por las eternas declamaciones contra el burgués y el capital.

Y es que esos obreros, han puesto su libertad en manos de los Sindicatos, cuya tiranía, mil veces peor que la patronal, merma su virilidad hasta el punto de hacerlos enmudecer si es preciso y obedecer ciegamente coaccionados por las pistolas y el plomo, que manos asalariadas hacen funcionar con la ferocidad del hombre desprovisto del sentido de piedad. Estos Sindicatos obran como verdaderos soberanos, no valen para ellos ni la justicia ni la fraternidad, atacan a todos los intereses, y su odio y hostilidad hacia la sociedad y

el capital, acaban de hacerse patentes con toda claridad en la última revuelta, afortunadamente abortada, que justifica nuestras palabras y zozobras.

Y si alguno ha intentado hacerles desistir de sus ideales de odio, darles a comprender que depongan su actitud levantisca y eviten todos los actos de violencia y fuerza no fiando su prosperidad más que al trabajo asiduo que ennoblece, han contestado con sus acostumbradas baladronadas de la burguesía y los capitalistas, claro es que entre esos obreros no cuenta el trabajador honrado que a la postre es el que, con la ceguera y muchas veces hipocresía de sus compañeros, sale más perjudicado de todas las clases sociales.

En España dado el carácter de nuestro pueblo generalmente ocurre, que los que se valen de la dinamita y de la pólvora, los que apelan a toda clase de violencias para el logro de su objetivo, pueden contar con la complicidad de todos sus compañeros de taller, a ninguno se le

ocurrirá entregarlo a la autoridad ni menos declarar en contra suya, por un mal entendido principio de compañerismo y es precisamente esta solidaridad ampliada hasta el delito, lo que constituye el peligro actual de nuestros obreros.

Y lo que humilla a nuestro país es que, mientras hay hombres que quieren hacer de la razón el arma de combate, podemos oír en cualquier mitin a un energúmeno que en vez de fiar en ella el logro de su fin, solo piensa en reemplazarla con la violencia y romper la discusión a tiros, siempre con vistas al odio y la ira.

Nuestra patria, pueblo rejuvenecido con un nuevo régimen de libertad y progreso, tiene que verse en la precisión de usar medios violentos aunque legales, para evitar que esos peligrosos individuos hagan en su suelo un verdadero mar de sangre, donde se ahogarían las esperanzas de una nación que rotas las cadenas de la esclavitud, pone sus ojos en el remoto horizonte vislumbrando, civilización y democracia en una meta que con regímenes pasados fuera imposible de alcanzar.

PEDRO B. SANCHO.

¡ATENCIÓN!

La Casa de las Medias

Ramón y Cajal, 37. (Frente al Banco de España).

Por inventario y fin de temporada

SE LIQUIDA

sólo hasta fin de mes

Con un 10, 15 y 20 por 100 de descuento, según compra.

Todos sus artículos.

SOLO HASTA FIN DE MES.

No deje de aprovechar esta oportunidad.